



# Los dueños de la calle



Luis Brito\*



**E**n mi imaginación de niño siempre vi a la calle de Los Faroles como una enorme serpiente que se retorció tendida al sol, como aquella víbora que mi tío Julio mató de un machetazo en la nopalera partiéndole la cabeza exactamente a la mitad.

Y es que desde la pequeña loma a la entrada de San Sebastián se alcanzaba a ver todo el pueblo formado de desalineadas casas pintadas con cal y rojos tejados flanqueando la calle principal, toda llena de recodos donde las parejas se arrinconaban cuando la tarde pardeaba. Al final de la serpenteante hilera de paredes de adobe se encontraba la Casa Toro; así la llamábamos los niños porque en su portón de madera se encontraba una pesada argolla de hierro para llamar con ella al dueño, al buen señor Fausto, y a los costados se veían un par de cuernos empotrados en la pared que servían para atar a los caballos. La Casa Toro era la última del pueblo y más allá sólo se distinguían llanos y aún más lejos el monte. Aquella casa, por su construcción en forma de triángulo, dividía en dos a la calle de Los Faroles, pero también, y extrañamente, marcaba un punto de referencia en el que al lado izquierdo, más allá del pueblo, el campo era árido, polvoso, y no había más que pedregales y una nopalera con uno que otro magüey; mientras que el lado derecho era florido, fértil a causa de que por ahí pasaba un arroyo.

Sin embargo, aunque por el lado izquierdo se podía pasar libremente, el lado derecho estaba custodiado por un grupo de perros que parecían siempre enfurecidos. Uno de ellos era tuerto, había perdido un ojo en un enfrentamiento con una vaca que embraveció de pronto y corneó a don Samuel, si no fuera por El Tuerto, que en ese tiempo aún no lo era, la vaca hubiera despedazado al viejo cuidador de chivas.

El Negro era un ejemplar único, tenía el tamaño de un san bernardo y la pelambre y fuerza de un gorila. Entre los miembros de esa banda había uno muy peculiar, le llamábamos Capitán; no era un apodo muy original que digamos pero estaba directamente relacionado con las características de ese pillo cuadrúpedo. Era el más pequeño, casi tanto como un gato de regular tamaño y tenía una mancha café en forma de óvalo sobre el lomo. Aunque era blanco, casi siempre se veía gris de tanto revolcarse en la tierra. Una de las manías del Capitán era meterse por una diminuta rendija a dormir bajo el entablado del sincolote, donde tenía almacenado un montón de huesos que nadie podía quitarle, pues no había quien pasara por tan pequeña abertura entre las tablas. El nombre lo ganó debido a que, a pesar de su tamaño y aparente inocencia, ejercía un extraño poder sobre el resto de los perros. Donde él iba los demás lo seguían, si levantaba las orejas los otros tres se levantaban como enloquecidos pendientes a cualquier movimiento o sonido fuera de lo normal; luego, Capitán bajaba las orejas y los demás volvían a echarse sobre el suelo para seguir dormitando como si nada hubiera pasado.

Finalmente, el cuarto miembro era llamado Sombra. No sé si decir que era un perro, pues alguna vez discutimos la posibilidad de que se trataba de una cruce entre un perro y un gato, y llegamos a la conclusión de que efectivamente podía ser un gato grande. Un gato que ladraba pero que también trepaba a los tejados sin hacer el menor ruido, que perseguía a los ratones y se apareaba con cuanta perra se cruzara en su camino.

¿De quién eran esos perros? Nunca lo supe. Todo el tiempo estaban echados en la parte derecha de la Casa Toro, pero nunca vi que don Fausto les diera de comer y jamás seguían a alguien en especial. Un día se les veía a la puerta de la carnicería, otro día cuidando los borregos de mi tío Julio, algunas veces hasta se trepaban por sí solos en la camioneta de don Poncho, el tendero, y se los llevaba a San Javier, a quince kilómetros, donde se surtía de abarrotes. Casi siempre regresaban caminando los pobres perros, sedientos y polvosos, pues don Poncho los odiaba y trataba de deshacerse de ellos, aun a pesar de que en una ocasión evitaron con sus ladridos que un par de bandidos abrieran su tienda. La mala voluntad que les tenía surgió a partir de que le cobraron el favor con un par de jamones que dejó sobre el mostrador.

El Negro y el Tuerto, estoy seguro que por órdenes del Capitán, se pararon sobre sus patas traseras y tomaron con el hocico las



\* Revista CIENCIA ergo sum.

suculentas piernas que esperaban ser colgadas de los ganchos. Todo ocurrió frente a las propias narices de don Poncho, y miren que la nariz del abarrotero era grande; con el botín entre las fauces echaron a correr como demonios por toda la calle de Los Faroles, siguieron por el lado derecho de la Casa Toro y no fueron a parar sino hasta los maizales, donde el Capitán y Sombra los esperaban. Don Poncho, gordo y fumador de puros, no pudo correr con su escopeta más de unos veinte metros, sofocado apuntó y esperó a que los perros llegaran a la zona de tiro y jaló del gatillo. La gente se pegó a las paredes por miedo a que le tocara uno de los perdigones, pero nada ocurrió. La pólvora estaba húmeda y sólo se escuchó el chispazo del casquillo al quemarse. «¡Mardita sea su suerte! Diantres de perros, ya los agarraré». Pareció que por todo el lugar resonó la maldición de don Poncho con marcado acento español.

Así eran los perros de mi pueblo, y lo digo refiriéndome a este cuarteto de peludos mamíferos porque eran los más populares. Estoy seguro que don Poncho hubiera vivido amargado el resto de su vida si su escopeta hubiera vomitado plomo y lastimado a alguno de ellos. En San Sebastián no había otros que tuvieran su simpatía ni fueran más intrépidos. El resto estaba amarrado en los corrales o también eran callejeros, pero flacos, pulgosos y sin mayores aptitudes.

Capitán, el Negro, Sombra y el Tuerto formaban el bando con quienes habíamos declarado una guerra sin tregua mi primo Javier, Ernestino, mi vecino y compañero de banca en la primaria, y yo. La disputa era por la posesión de la calle que los perros dominaban. ¿Por qué dejar que ellos se pasaran todo el tiempo durmiendo en el costado derecho de la Casa Toro, mientras nosotros debíamos dar vuelta por el otro lado para ir a jugar a los maizales?

En el camino que llevaba a la huerta estaban los sembradíos de maíz, un poco más adelante las ruinas de lo que en otro tiempo fuera la casona de un hacendado que, a causa de la Revolución, fue quemada. No debíamos caminar mucho para encontrar un pequeño arroyo donde nos metíamos encuerados a retozar en tiempo de calores.

Disfrutar de las cañas que robábamos de las milpas, jugar a las escondidas en los cuartos sin techo de la casona y luego ir al riachuelo a lavarnos la mugre era nuestro deleite en el verano. Pero antes debíamos lidiar batalla con los perros, que parecían ser los dueños de la calle, pues no nos permitían pasar sin antes ladrarnos, mostrarnos sus colmillos e incluso corretearnos mientras huíamos despavoridos con nuestras resorteras que de nada nos servían en contra de esos malandrines.

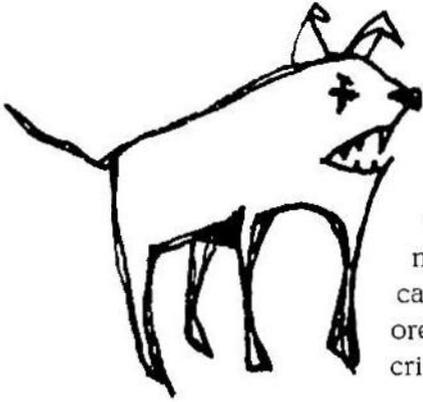
La otra opción era ir por el lado izquierdo de la Casa Toro, donde nada teníamos que temer, y caminar cerca de un kilómetro hasta que terminara la barranca que, según contaban los abuelos, fue abierta por una tromba que pasó por ahí, descargando con furia un torrente de agua y donde fueron a quedar media docena de vacas muertas y pedazos de la cúpula de la capilla de San José.

Fueron muchas las veces que entablamos cruentas batallas con los dueños de la calle, con el sólo afán de demostrar quién tenía la supremacía y lograr que esos perros nos tuvieran miedo. Pero era difícil ganarles terreno, ellos eran más que nosotros y además corrían con tal velocidad que nos arriesgábamos a perder la parte trasera de nuestros pantalones si nos llegaban a alcanzar. Una vez el Tuerto pescó a mi primo Javier por una manga del suéter y lo derribó, le dio varias vueltas sobre el lodo de los charcos que se formaban en la calle de terracería y luego se fue a festejar su travesura con sus secuaces. Todo ello ocurrió mientras Ernestino y yo le lanzábamos piedras al

Tuerto, pero era tan mala nuestra puntería que todas las pedradas le tocaron al humillado Javier. Ese día juramos eliminar a la banda de perros que nunca nos dejaban en paz, prometimos vengar el honor del descalabrado Javier y cazar uno por uno a los malvados tiranos, empezando por el Tuerto.

Así fue como ideamos mil formas de acabar con ellos. Cavamos hoyos en medio de los maizales y los cubrimos de ramas y tierra, sobre las trampas dejamos menudencias de pollo para que al tratar de tragarlas alguno de los guardianes de la calle cayeran en el foso, pero Sombra era tan astuto y ligero, como un verdadero gato, que parecía flotar sobre las frágiles ramas sin caer. En vano nuestro trabajo.





Otra ocasión se nos ocurrió lazarlos por el pescuezo con una reata y lo logramos, pero fue al Negro a quien lazamos y me arrastró vigorosamente con su enorme cuerpo precisamente por la única parte empedrada de la calle. Mi camisa quedó en jirones y mi barriga con raspones. Lo mejor fue el día en que les lanzamos terrones de adobe que, al hacer impacto contra ellos, se desintegraban y quedaban todos llenos de tierra. Al Tuerto le logramos dar en su único ojo útil y quedó ciego por un momento, tiempo suficiente para tomar ventaja y ver la posible victoria. Hubiéramos ganado la batalla si no fuera por que en ese instante apareció doña Tomasa, la catequista que nos impartía doctrina cristiana en el templo, y nos dio terrible jalón de orejas y un sermón acerca del amor que les debemos también a los animales, por ser criaturas de Dios.

—Y nomás los vuelvo a ver haciéndoles maldades a esos pobrecitos perros y no los dejo hacer su primera comunión el día de la fiesta de San Sebastián. Faltaba más, chamacos groseros. —Nos advirtió doña Tomasa con severidad.

Ni siquiera intentamos justificar nuestra actitud, ella era tan rígida que nos hubiera acusado con nuestros padres y lograr que nos dieran tremenda paliza.

El resto del verano lo pasamos sin ir a los maizales, ni poder refrescarnos en el arroyo, por culpa de Capitán y compañía. Y más o menos la misma historia se repitió durante los años que faltaban para terminar nuestra primaria. A pesar de que entre ambos bandos existía un aparente odio, éramos felices jugando a la guerra y pocas eran las tardes en que la calle no quedara con los vestigios del enfrentamiento entre los bravos perros y nosotros, ingenuos niños armados de palos y piedras.

No sé si era mi imaginación, pero parecía que en el pueblo donde viví mi infancia no pasaba el tiempo; en las calles se veían sentados en el frente de sus casas a los mismos viejos tomando el sol de la tarde; don Poncho parecía fumar el mismo e interminable puro; don Samuel parecía cuidar en los llanos a las mismas chivas y en los rincones se veía a las mismas parejas de novios cuando la tarde pardeaba.

Pero no era así. Mi primo Javier, Ernestino y yo crecimos y cada uno tomó rumbos diferentes. A ellos los dejé de ver cuando tuve que emigrar a la capital para poder seguir con mis estudios. Algunos años después me enteré de que Ernestino se había casado, que Javier se había ido al norte a trabajar y que don Poncho había fallecido de un ataque al corazón.

Yo me gradué como ingeniero civil y lo primero que hice fue enlistarme en el equipo de trabajo que ahora construye la carretera que va de San Javier a San Sebastián. ¡Cuánto ha cambiado mi pueblo! A mi regreso no he podido ver a ninguno de los viejos que toman el sol frente a sus casas, y la calle de Los Faroles ahora se ilumina con lámparas de la red eléctrica. De aquella gente que conocí sólo queda don Samuel, quien vendió sus chivas por no poder salir ya a cuidarlas a los llanos. Su suerte fue la de caer bajo los cuernos de otra vaca embravecida que le rompió una pierna, pero esa vez no estuvo el Tuerto para salvarle del ataque, pues algún tiempo antes había muerto envenenado.

En un fugaz encuentro Ernestino me dijo, al tiempo que trataba de callar el llanto de su hijo, que del Capitán y el Negro no supo nada más desde que llegó un circo al pueblo. Probablemente se los llevaron para enseñarles trucos y hacer dinero con ellos.

Esta noche me ha dado nostalgia por los días infantiles y he ido a la calle derecha de la Casa Toro, donde pude estar sin temor a que algún perro me ladrara. Eché un vistazo al camino a los maizales que en la oscuridad se pierden y al mirar hacia el tejado de la Casa Toro vi un par de puntos brillantes. Eran los ojos de Sombra que agazapado me espiaba desde lo alto. Nos miramos un instante y luego él partió sigiloso, dando un largo maullido de tristeza.

Ahora no me cabe duda, Sombra es un gato. El último sobreviviente de los dueños de la calle. 🐱

